

Hacia una lectura política de *Cómo ha de ser el privado* de Francisco de Quevedo

Marta Piłat Zuzankiewicz
Universidad de Varsovia
Instytut Studiów Iberyjskich i Iberoamerykańskich
Uniwersytetu Warszawskiego
ul. Obozna 8
00-927 Warszawa
Polonia
marta_pilat@yahoo.es

[*La Perinola*, (ISSN: 1138-6363), 18, 2014, pp. 369-393]

La comedia quevediana *Cómo ha de ser el privado* tiene por objetivo ensalzar la figura del perfecto valido. Tradicionalmente la obra era clasificada como una propaganda a favor del conde-duque de Olivares¹. Sin embargo, los estudios más recientes arrojan nueva luz sobre la existencia de ciertas críticas que se apuntan en contra del privado y su rey². El tema principal de la comedia lo constituye el arte de gobernar y la buena privanza, cuya ejemplificación se encuentra en las actuaciones del monarca y su valido con respecto a las dos intrigas que enriquecen la trama: las relaciones amorosas del rey con Serafina y la visita de don Carlos de Dinamarca que desea casarse con la infanta Margarita. Las pretensiones y cortejos del príncipe, que finalmente terminan en fracaso, aluden al fallido intento de alianza matrimonial con Inglaterra de 1623 y asimismo revelan la visión quevediana de la política exterior de la Monarquía Católica.

La fecha de la composición de la obra sigue siendo discutida. Luis Astrana Marín en su edición de la comedia propone el año 1627³. Por su parte, el historiador John H. Elliott, basando su opinión en datos intertextuales, afirma que ésta debió de componerse en 1629⁴. José María Blecua anota la existencia de la obra *Cómo ha de ser el privado* en

1. Ver Marañón, 1992, p. 126; Lida, 1981, p. 162; Elliott, 1991a, pp. 286 y ss.

2. Ver Jauralde, 1999, pp. 586-587; Gentilli, 2004, pp. 20-22; Iglesias, 2005.

3. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 1952, p. 666.

4. Como observa Elliott, 1991b, p. 237: «La obra termina con la celebración del matrimonio de la infanta y el príncipe de Transilvania. La infanta María se casó de hecho por poderes con el rey de Hungría el 25 de abril de 1629, y Quevedo pudo perfectamente escribir la obra para su representación en palacio durante las fiestas de boda».

una lista de comedias de 1624, que pudo ser rehecha en 1628, lo cual corroboran las alusiones a los acontecimientos históricos posteriores a la primera fecha⁵. Rafael Iglesias también cree en una primera versión de la comedia de 1624, que más tarde sería retocada en 1629⁶. Similar opinión es la de Ignacio Arellano, quien en la introducción a la nueva edición de la comedia sitúa la primera versión entre 1623 y 1624 y fecha la definitiva en 1628⁷. Sin intentar solucionar el problema de la datación, nos interesa señalar que el periodo comprendido entre la aparición de la primera versión (1623 ó 1624) y la de la definitiva (1628 ó 1629) coincide con la época de unas intensificadas relaciones diplomáticas entre la corte de Londres y la de Madrid.

EL TRASFONDO HISTÓRICO

A principios de la década de los veinte las relaciones anglo-hispanas quedan marcadas por el deseo conciliatorio y negociador de Jacobo I, encaminado al acercamiento hacia la Casa de Austria. Por parte de España la estrategia orientada a la alianza con Inglaterra fue realizada ya por Felipe II, sin embargo, ante una recrudescida política antiespañola de Isabel I, el monarca se vio obligado a elegir otro camino. Una vez firmada la paz de 1604 se vuelve a abordar la cuestión de la oportunidad de enlazar políticamente con la monarquía británica. Siete años más tarde llega a Madrid el agente inglés con el fin de pedir la mano de la infanta Ana para el primogénito de Jacobo I, el príncipe Enrique. A pesar de la aparente conformidad del rey y el duque de Lerma ante tal propuesta, la diferencia de religión de los contrayentes les hace subordinar la resolución final a la autorización papal. Asimismo, bajo la excusa de que la infanta ya está comprometida llegan a proponer a doña María o su hermana Margarita, de modo que el asunto queda sin resolver hasta la prematura muerte del heredero inglés⁸.

Una vez estallada la Guerra de los Treinta Años el conde de Gondomar, embajador de Felipe III en Londres, pone todos sus esfuerzos en impedir la participación del monarca inglés en la alianza con Holanda y el Palatinado, atrayéndolo al campo de los Habsburgo. A pesar de las diferencias religiosas surge la idea de estrechar las relaciones mediante la boda de doña María, y el infante don Carlos, segundo-génito de Jacobo. La muerte del rey español en 1621 no hace hundir las esperanzas inglesas de ganar la amistad con la monarquía católica a través del tratado matrimonial. Además, en el nuevo gobierno no faltan los que se inclinan por esta solución que traería grandes ventajas para la monarquía católica, sobre todo en el campo político, y también constituiría un logro para la Iglesia Romana debido a la posible conver-

5. Ver Blecua, 1981, p. 149.

6. Ver Iglesias, 2005, p. 274.

7. Ver Arellano, 2011a, p. 32.

8. Ver Rodríguez-Moñino Soriano, 1976, pp. 42 y ss.

sión del príncipe inglés al catolicismo. Por otra parte, las condiciones planteadas por el gobierno español parecen ser poco aceptables para la parte inglesa. La situación se vuelve más complicada con la inesperada visita del príncipe de Gales, cansado por las interminables negociaciones diplomáticas, que de incógnito y acompañado por su embajador, el duque de Buckingham, llega a Madrid el 17 de marzo de 1623. No obstante, la iniciativa del joven Carlos termina sin éxito, ya que a pesar de la dispensa concedida para este matrimonio por el papa y la aprobación de la junta de teólogos, ante la imposibilidad de cumplir con las condiciones y la negativa de la infanta las negociaciones se rompen definitivamente en 1624⁹.

Como consecuencia de las fallidas negociaciones matrimoniales, las relaciones anglo-hispanas se ven seriamente perjudicadas tras el fallecimiento del rey Jacobo y la aproximación al reino de Francia, una cercanía consolidada con la alianza dinástica mediante el enlace del príncipe de Gales con Enriqueta María, hermana de Luis XIII¹⁰. En represalia por la deshonra en 1625 la flota anglo-holandesa emprende una operación militar contra el puerto de Cádiz, que termina con un total fracaso. Tras la derrota de su armada Inglaterra intenta reanudar contactos con España. Desde finales de 1626 empiezan las negociaciones de paz llevadas por Balthazar Gerbier, agente del duque de Buckingham en la compra de la colección de arte de Rubens¹¹. Aunque España no toma abiertamente la iniciativa para alcanzar un armisticio, los contactos iniciados por los pintores, retomados por intermediarios diplomáticos, en vista de una posible catástrofe en la política italiana permiten alcanzar la reconciliación de España con Inglaterra y la firma del tratado de paz del 15 de noviembre de 1630¹².

Las hostilidades en Europa, resultantes del estallido de la Guerra de los Treinta Años, hacen introducir en la política de búsqueda de la alianza hispano-inglesa la cuestión de recuperar el Palatinado por parte del yerno del rey inglés, Federico V. En 1619 el elector palatino, tomando parte de los rebeldes bohemios, aceptó la corona que le fue otorgada una vez destituido el rey Fernando de Estiria, primo hermano del Emperador¹³. Tal audacia contribuyó a recrudecer la tensión y avivó el fuego del conflicto, de modo que tras sufrir una serie de derrotas¹⁴,

9. Ver Elliott, 1991a, pp. 214 y ss.

10. El enlace real, apalabrado en 1624, se celebró el 1 de mayo de 1625.

11. Ver Elliott, 1991a, pp. 330-331.

12. Ver Elliott, 1991a, pp. 369, 380, 393, 398 y 401.

13. El 2 de agosto 1619 los confederados derrocaron a Fernando de Estiria para ofrecerle la corona de Bohemia a Federico del Palatinado, quien tras mucho vacilar finalmente la aceptó el 28 de septiembre. Ver Parker, 1987, pp. 88-89. Quevedo maliciosamente comenta este hecho en *El Mundo caduco*, p. 99: «el conde aceptó la corona como que cedía al ímpetu mortificando su molestia y procurando mostrarse pretendido, no pretensor».

14. En septiembre de 1620 el ejército de 20.000 veteranos bajo el mando de Ambrosio Spínola invadió el Palatinado renano y en septiembre de 1622 Tilly, general de las tropas de Maximiliano de Baviera y la Liga Católica, remató la conquista de los

el Palatino fue expulsado de sus territorios. Ante la aventura bohemia de su cuñado, el rey inglés para evitar una guerra general de religión se negó a comprometerse en acciones militares, intentando actuar como mediador. De ahí que pusiera en el gobierno español todas sus esperanzas de restablecer al elector palatino en su dignidad.

En la década de los veinte don Francisco, al conseguir la gracia del nuevo valido tras el cambio de gobierno de 1621, se instala en la corte formando parte del grupo de amigos y servidores del conde-duque. Su privilegiada situación le permite tener acceso a los secretos de la diplomacia española, por lo cual se da perfectamente cuenta de la motivación de la corona inglesa para negociar el matrimonio real. Sus buenos conocimientos de esta materia parecen quedar de relieve en la anécdota referida por el gracioso Violín a las damas de la corte, al presentarles el retrato del príncipe de Dinamarca. Callando el nombre del pretendiente real, les refiere un epitafio que pone en evidencia qué intereses representa el heredero del trono:

Aquí yace Federico,
o Ludovico o Enrico,
no me acuerdo el nombre que
tuvo el difunto; más sé
que acababa el nombre en -ico¹⁵.

El juego de los nombres podría encerrar una alusión a Federico de Palatinado por cuya causa aboga el príncipe de Gales en la corte madrileña¹⁶. Debemos observar que años más tarde el autor repite la misma acusación contra la política inglesa en *La Hora de todos* (1635), al poner en boca del rey británico, que busca confederación con España, la siguiente declaración: «Advierto, empero, que la restitución del Palatinado me tiene empeñada la sangre y reputación». Quevedo, reacio a tal alianza, hace a su personaje llegar a la conclusión de que no debe esperar ayuda de los católicos españoles e imperiales «por la diferencia de religiones y el grande hastío que muestran los protestantes de más casa de Austria»¹⁷. Para convencer del peligro que la herejía constituye para la monarquía católica, el autor hace al rey reconocer su «invidia y la de

territorios ocupando la capital. En 1623 la asamblea de príncipes en Ratisbona sancionó la transferencia y elevación de Maximiliano al electorado del Palatinado.

15. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 145.

16. Carlos de Inglaterra (1600-1649) y Federico del Palatinado (1596-1632) eran casi coetáneos, además les unían unos fuertes vínculos familiares: el líder de la rebelión anti-Habsburgo estaba casado con Isabel Estuardo, hermana de Carlos. Los demás nombres también podrían haber sido escogidos intencionadamente, ya que parecen corresponder a los enemigos de España y de la fe católica, quienes al mismo tiempo guardan ciertas relaciones con el Príncipe de Gales: Luis XIII de Francia, acusado de ser protector de los herejes, era su cuñado, y Enrique VIII de Inglaterra, su antecesor que, debido al conflicto con el Papado por la disolución del matrimonio con Catalina de Aragón, llevó al cisma.

17. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, pp. 316-317.

sus ascendientes contra la grandeza de España»¹⁸ que le lleva a apoyar a sus enemigos. Siguiendo este razonamiento, se pronuncia en contra de la política pro inglesa de la corte madrileña que, en vista de las buenas relaciones bilaterales a finales de la década de los veinte, busca una paz duradera con Inglaterra.

La difícil situación de la monarquía, que se ve obligada a llevar guerra en dos frentes: el italiano de Mantua¹⁹ y el holandés, hace que el gobierno de Olivares opte por una política conciliadora respecto a Inglaterra. España necesita la amistad de los ingleses para asegurarse la ruta marítima a Flandes, así como desarrollar la estrategia encaminada al aislamiento diplomático de los rebeldes, que por una simpatía religiosa pueden contar con el apoyo británico. El apaciguamiento de los disturbios en Flandes favorecería la rápida solución de la crisis de Mantua, en que se ve implicada España para asegurar el paso de sus tropas a Holanda a través de los territorios italianos. La dominación española en la península italiana resulta ser para el autor una condición *sine qua non* para conservar la hegemonía de la monarquía católica en Europa. Su vivo interés por el desarrollo de los sucesos en Italia le obliga a avisar del peligro, que constituye para el Milanésado estar encerrado al este y oeste por los aliados franceses, lo que pone de relieve en el memorial *Lince de Italia u zahorí español* (1628)²⁰. En la comedia, retocada probablemente por las mismas fechas, los ecos del conflicto por la sucesión mantuana se plasman en la alabanza del marqués de Valisero por tomar unas medidas orientadas a conservar el dominio español en esta zona:

dicen que el socorro
para Calabria previno,
que es provincia, como Flandes,
donde como a Federico
los rebeldes movimientos
te ocupan acá, y ha sido
medio de conducir gente

18. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 312.

19. La falta de descendencia masculina tras la muerte del duque de Mantua y marqués de Monferrato Vicente II dejó en diciembre de 1627 vacío el trono al que pretendían el duque de Nevers, vasallo de la corona francesa, y Cesar II príncipe de Guastalla. Este último en realidad tenía menos derechos a la corona, pero contaba con el apoyo España que percibía al aliado de Francia como un peligro para sus dominios en el norte de Italia. La guerra terminó con el tratado de Cherasco firmado en abril de 1631, en que se reconocía a Carlos de Nevers como el sucesor del ducado.

20. Quevedo dedica en su obra mucho espacio a las advertencias y avisos acerca de la política italiana dando a conocer sus observaciones sobre los diversos regímenes de la Italia del seiscientos y su importancia para la política española. Subraya la importancia de la expansión española en Italia, considerándola como una de las empresas más significativas realizadas por la monarquía católica en pugna con las apetencias de Francia y los particulares intereses de los príncipes italianos. Su preocupación por la situación italiana se debe a la experiencia en el servicio diplomático en Sicilia y Nápoles a las órdenes del duque de Osuna cuya política de mantener y reforzar las posesiones en Italia se orientaba a aumentar el prestigio español en el Mediterráneo.

para Milán a tu primo
 el duque Esforcia, en la guerra
 que tiene con sus vecinos²¹.

Como podemos observar, Mantua, disfrazada de Calabria probablemente debido a su ubicación geográfica más próxima a Nápoles, se nos presenta como una provincia rebelde comparada con Flandes, donde la situación arde por la causa protestante. Al relacionar los dos conflictos que debe afrontar la monarquía española, Quevedo nos hace ver su conciencia de la complicada política bélica del conde-duque. En este contexto resulta significativa la evocación de la figura de Federico, responsable de iniciar la contienda religiosa en Europa, que no permite olvidarle al lector dónde se encuentra la fuente del conflicto. El paralelo, que se traza entre las provincias rebeldes de Flandes y el Palatinado resaltando su ambición de independizarse al obrar en detrimento de los intereses de la Casa de Austria, revela las estrechas relaciones que los unen en el marco de la alianza anti-Habsburgo.

La actitud negativa de Quevedo respecto al acercamiento con los protestantes se revela mediante la multiplicación de objeciones contra tal alianza a lo largo de toda su obra política. En el *Lince de Italia*, al sugerir al monarca unas posibles soluciones para reforzar la dominación española en la península, se opone rotundamente a la búsqueda de paz con Inglaterra y Holanda optando por un acuerdo con Turquía y argumentando que los musulmanes son más propicios para ser aliados de España que los protestantes, ya que a diferencia de éstos nunca han traicionado su propia religión:

No trato en si a Vuestra Majestad le es a propósito hacer paces con el Turco (como el rey de Francia que las tiene y se queda cristianísimo); solo digo que si obsta la ley, que le hallo para confederación más dispuesto que a los herejes, porque él es de otra ley, y estos otros son de la nuestra y contra ella. Si es por el trato, de Inglaterra se trae peltre y cuchillos, y azófar, y polvos, y pellejos, y medias; y de Holanda estaño, y lienzo, y tejidos viles; y de Turquía perlas, oro, plata, ámbar, diamantes, medicinas y drogas, y todo cuanto precioso saben producir el sol y el cielo²².

El proyecto de cerrar un tratado de alianza con Inglaterra queda condenado por motivos religiosos y económicos, sin profundizar en los bene-

21. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 184.

22. Quevedo, *Lince de Italia u zahorí español*, pp. 102-103. Por otra parte, Quevedo censura la búsqueda del apoyo del Imperio otomano para contrapesar el poder de España. Acusa a Francia de imponer sus intereses políticos a los religiosos e incluso llega a señalar como culpable de tal procedimiento al cardenal Richelieu, a quien llama «el Jano de la religión que con una cara mira al turco y con otra al Papa» (Quevedo, *La Hora de todos y Fortuna con seso*, p. 315). Desde la misma perspectiva juzga la política de Venecia, que procura guardar paz con su temible vecino para no perturbar sus relaciones comerciales en el Adriático. El intento de acercamiento de la república hacia los holandeses y otomanos constituye a sus ojos una amenaza para la religión católica y la seguridad en el Mediterráneo.

ficios políticos que podría conllevar. La actitud quevediana refleja la fuerte necesidad de la lucha contra la cismática Inglaterra que, al realizar su particular razón de Estado, ha salido abiertamente en contra de la fe católica y, por consiguiente, ha desafiado al imperio mundial de los Austrias. Don Francisco parece no darse cuenta de las lamentables consecuencias de la enemistad inglesa en todos los frentes de la guerra que la católica España lleva en Europa, lo que le lleva a negar en su comedia la importancia de alcanzar una visión alternativa de la política hacia Londres.

LA HISTORICIDAD DE LA COMEDIA

Quevedo trata de presentar el episodio de las negociaciones anglo-hispanas de 1623 con bastante fidelidad, a pesar de permitirse modificar los nombres y títulos de las personas que intervinieron en ellas. Pese a las máscaras con que cubre las caras de sus personajes, éstos traen a la memoria a los protagonistas de los sucesos recientes. El monarca español se llama don Fernando de Nápoles, con lo cual conserva la primera letra de su verdadero nombre, al igual que en el caso de su hermana bautizada por el autor como Margarita. Rafael Iglesias identifica el nombre del rey con el monarca católico don Fernando, conquistador de este reino italiano, descubriendo en este recurso una moderada reprimenda hacia Felipe IV por no llegar a la altura de su gran predecesor²³. Ignacio Arellano subraya la coincidencia de la primera sílaba de los nombres del rey: tanto el ficticio, Fernando, como el verdadero, Felipe, empiezan con fe²⁴, lo que permite ver la identificación de la monarquía con la lucha contrarreformista en defensa de la religión católica. Para facilitar al receptor de la comedia descubrir la identidad del personaje, Quevedo presenta el linaje del rey de Nápoles que plenamente corresponde con el del monarca español, descendiente de los reyes de Aragón y Castilla —Alfonso X el Sabio, Pedro I el Cruel— y nieto del rey Prudente, Felipe II. Además, la descripción de su reino curiosamente nos hace recordar la del imperio de Carlos I, donde nunca se ponía el sol:

Corto es el reino que heredas;
lleguen al otro hemisferio
los términos de tu imperio
y el sol, que en seguras ruedas
de zafir da vuelta al mundo,
no alumbre reinos extraños,
para que en reinos y años
no reconozcas segundo²⁵.

23. Iglesias, 2005, pp. 273-274.

24. Arellano, 2011a, p. 22.

25. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 126.

Reconociendo la importancia que da el autor a la religiosidad de la Casa de Austria, podemos seguir este mismo camino para descubrir el secreto del nombre de la infanta. Margarita, vocablo latino que quiere decir perla o joya valiosa, además de ser símbolo de castidad y pureza virginal²⁶, implica asociaciones con la concha marina que cría perlas. Esta, antiguo atributo de Venus, una vez cristianizada se convierte en el símbolo de la Virgen María²⁷, patrona de la infanta. Así que, en el apelativo de la perla se funden la pureza del alma de la infanta y su extraordinaria belleza, que provoca la admiración del heredero del trono de Dinamarca. Es bien significativo que, según el poético relato de Quevedo, don Carlos la vea en el agua, que es de donde salió la diosa romana:

el joven que, a manera de Narciso,
vio a Margarita en su nativa fuente,
cuando igualan las sombras a los días
amante quiso unir dos monarquías²⁸.

La ferviente devoción de la infanta le impide contraer matrimonio con un protestante. De ahí que se comporte con recelo y distancia que el rey de la obra quevediana toma por turbación, pero pronto se le corrige su error explicando que la actitud de Margarita refleja la «modestia forzosa y antipatía religiosa»²⁹. Efectivamente, la frialdad del trato de doña María se debía a sus convicciones sobre la malvada naturaleza del protestantismo. Lo que llama la atención es su paciencia y obediencia respecto a la voluntad de su hermano que hace de su corazón esclavo³⁰, cuando en realidad parece que fue la infanta quien comunicó a Felipe que no estaba dispuesta a casarse con un hereje³¹.

Por lo que se refiere a otros personajes, como es sabido, el título del marqués de Valisero constituye un anagrama del de conde-duque³², y el del duque de Sartabal corresponde a Baltasar de Zúñiga, su tío, con quien durante un tiempo ejerció la privanza. Luciana Gentilli identifica al Conde de Castelomar con el embajador real, Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. Según la estudiosa, la figura del Almirante corresponde a Juan Alonso Enríquez de Cabrera, Duque de Medina de Rioseco, Almirante de Castilla, y la del gracioso Violín a Simón,

26. Martínez-Burgos García, 1990, p. 92.

27. Ver Montaner, 1994, p. 514; Ledda, 1994, p. 595.

28. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 165.

29. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 190.

30. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 154.

31. Ver Elliott, 1991a, p. 216.

32. Además del apellido hay otros datos que permiten identificar al conde-duque como la alusión a laboriosidad, sentido del deber y postura estoica del valido que presenta ante la noticia de la muerte de su heredero, en realidad su única hija María, y el hecho de que se niegue a cancelar ese día las audiencias.

criado de Olivares³³. Tampoco es una tarea muy complicada aclarar la identidad de los pretendientes de la infanta. El heredero del trono inglés, cuyo amor queda frustrado con la negativa de la infanta, queda disfrazado del Príncipe de Dinamarca, mientras que su futuro marido, Fernando III de Austria, Rey de Hungría y posteriormente Emperador de Alemania, se nos presenta como el Príncipe de Transilvania.

Don Carlos, el único personaje cuyo nombre no ha sufrido modificaciones, llega de incognito a la corte disfrazado de su propio embajador, lo que hace referencia a su llegada a Madrid en compañía del duque de Buckingham. La obra sigue de cerca los acontecimientos históricos al presentar los galanteos y cortejos del profundamente enamorado príncipe, quien ante la imposibilidad de servir a su dama durante las fiestas tenía que conformarse con fijar su mirada en ella³⁴, de acuerdo con la tradición del vasallaje amoroso cortesano³⁵. A nuestro autor no se le escapa este detalle y para ilustrar el afecto del desafortunado amante hacia la infanta elige la imagen del girasol que siente atracción por la luz solar:

abrasado
me turbó, vecino al norte,
y ser con ansia exquisita
girasol de Margarita
en los campos desta corte³⁶.

La comedia carece de comentarios satíricos acerca de la figura del pretendiente real, a pesar de que las exageradas finezas del enamorado se califican como teatrales o novelescas. Se le presenta como un caballero galante cuya religión constituye el único obstáculo para celebrar los esponsales. La confesión del príncipe adquiere un valor político y,

33. Gentili, 2004, pp. 40-41. La calidad de personajes de la comedia corresponde al universo cortesano, por lo cual no es nada sorprendente que el monarca comparta escenario con la alta nobleza, que desempeña funciones políticas y militares. En vista de ello, la búsqueda de su identidad parece irrelevante, si tenemos en cuenta que las referencias extra dramáticas son bastante escasas. Además de las coincidencias en la titulación faltan otros datos que permitan identificar de manera inequívoca a los personajes secundarios.

34. Tal observación acerca de la actitud de don Carlos encuentra su confirmación en las palabras del conde-duque, según el cual el príncipe miraba a la infanta «como el gato al ratón» (Elliott, 1991a, p. 219).

35. Robbins, 2006, p. 110, observa que «given this excessive gesture of love and courtliness (fineza y amor), many writers described Charles' visit as a chivalric adventure. In doing so they echoed James VI / I's own gloss on the journey when he addressed Charles and Buckingham as "dear venturous knights prose and verse accounts throughout the visit"».

36. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 150. Es de observar el uso que hace Quevedo de la metáfora solar en la descripción de los miembros de la Casa de Austria. En otro fragmento el Marqués de Valisero llama a la infanta «el católico sol de Margarita». Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 164. Y más adelante se dirige a don Fernando: «Diga: ¿qué persona cuerda / da culpa a un rey que es el sol / en la piedad y pureza / de tan gran naturaleza / que del árbol español / de los reyes no ha nacido / otro de más bizzarria?» (p. 216).

abordada desde el punto de vista de los intereses austriacistas, le sirve al autor para dividir a los personajes entre dos grupos antagonistas: los buenos católicos y los malos protestantes³⁷. En vista del enfoque eminentemente cortesano³⁸ de la comedia no nos debe sorprender la ausencia de comentarios en tono de burla. Otra visión de los cortejos reales nos ofrece Quevedo en su poema burlesco *Fiesta de toros con rejonas, al príncipe de Gales, en que llovió mucho*, donde el pretendiente real baja de su condición del heredero de Neptuno³⁹ para convertirse en un animal que tira de su carro⁴⁰:

La británica ballena,
que, de española sirena
suspendido, padecía
los peligros que bebía
entre el agua y el arena⁴¹.

Las negociaciones matrimoniales del príncipe de Dinamarca quedan frustradas por la llegada del embajador de Transilvania, don César, cuyo nombre también esconde un significado oculto⁴². Trae a la memoria las figuras de emperadores romanos y tiene por objetivo hacer descubrir el verdadero origen del pretendiente real: el hijo del emperador alemán y su futuro sucesor⁴³. En efecto, la corte madrileña, después del fracaso

37. Según Robbins, 2006, p. 109, al componer la comedia mucho después del regreso del príncipe Carlos a Inglaterra, Quevedo cuenta con «the benefit of political hindsight, such hindsight being used to offer an ideological critique not possible for those wishing to stay “on message” during the actual visit».

38. La comedia quevediana está vinculada a las circunstancias de fasto cortesano. Según indica Elliott, pudo componerse con motivo de la boda de la infanta María. La obra comparte también otras características del género cortesano que pone en escena los rituales y costumbres de la corte tales como «el banquete y el torneo, la danza, el desfile, el servicio amoroso, el vasallaje feudal, la guerra, las visitas y embajadas, las bodas, los homenajes, las coronaciones... tematizados en parte, con el simbolismo de la poesía cortesana y de la cultura caballeresca, y en parte por medio de las nuevas imágenes elaboradas por el humanismo» (Oleza, 1998, p. 13).

39. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 165.

40. Ripa, *Iconología*, t. I, pp. 174-175.

41. Quevedo, *Poesía completa*, p. 193. La animalización burlesca de la figura del príncipe de Gales posiblemente tiene su origen en la coincidencia fonética de los vocablos ingleses Wales / Gales y whale / ballena.

42. Según Covarrubias, «este nombre ilustró Julio César, después del cual todos los emperadores se llamaron Césares [...] Decimos que es un César al valiente, por las grandes valentías de Julio César y las muchas victorias que tuvo en Francia y Alemania y en otras regiones».

43. Como señala Díez Borque, la evocación del nombre de César en las alabanzas extensibles a la familia del Emperador contribuyen a formar una imagen mitificada del poder. Díez Borque, 1996, p. 250. Este nombre solía utilizarse en los documentos oficiales. Podemos observarlo en las *Capitulaciones matrimoniales entre Fernando III, Rey de Hungría y de Bohemia, y la infanta María, hermana de Felipe IV*, donde con frecuencia respecto al emperador Fernando II se aplican los apelativos como «Su Majestad Cesárea» o «el Invictísimo César». Aldea Vaquero, 1991, p. 301.

de las negociaciones matrimoniales con Inglaterra, se puso a buscar otro candidato digno de la mano de la infanta, dirigiendo su mirada hacia Viena. Por este motivo, en noviembre de 1624 llegó a España con la misión de negociar el enlace el hermano de Fernando, el archiduque Carlos⁴⁴, cuyo nombre curiosamente coincide con el del personaje ficticio en la primera letra. Además, la información proporcionada por Quevedo sobre Transilvania, que está «muchas leguas distante», y a la que le une con el reino de Nápoles amistad antigua⁴⁵ revela los estrechos vínculos entre los novios:

aunque dos las partes son,
pues la ley, sangre y estado
nos causa un mismo interés⁴⁶.

El interés al que alude el autor no puede ser otro que el religioso de apoyar la causa católica, pero no hay que perder de vista los intereses políticos de las dos ramas de la Casa de Austria en la época de la Guerra de los Treinta Años. Al comentar la correspondencia cruzada entre Olivares y Felipe IV, John H. Elliott observa que la rapidez, que acompañaba al casamiento por poderes de la infanta María con el hijo del emperador, tenía por objetivo animar a Fernando II a emprender una intervención militar en Italia y Flandes, lo que el privado solicitaba por medio de sus embajadores en Viena⁴⁷. Por otra parte, el mismo estudioso relaciona las conversaciones con los diplomáticos austriacos acerca de la nueva alianza dinástica con el proyecto de crear una cadena de agencias del Altamirazgo en el Báltico, en particular, la costa septentrional de Alemania. El plan nórdico trazado en Madrid a partir de 1622 suponía una serie de maniobras diplomáticas con el fin de conseguir para España la utilización de una cadena de bases navales y asegurar la ruta del Báltico hasta la Península Ibérica. La idea de atraer a las ciudades de la liga hanseática a una nueva gran red comercial dominada por los Habsburgo se inscribía dentro de la estrategia general de deteriorar el poderío comercial de los holandeses⁴⁸.

Teniendo en cuenta los intereses que unen a España y el Imperio, Nápoles y Transilvania en la obra, el rey don Fernando acepta al pretendiente de la infanta, incurriendo en la inconsecuencia de llamar al príncipe «gran galán y gran rey»⁴⁹. Efectivamente, Fernando en calidad de candidato a la mano de doña María era ya rey de Hungría (desde 1625) y de Bohemia (desde 1627). La renovación de la alianza entre las dos ramas de la casa de Austria, celebrada mediante la boda por poderes el

44. Ver Elliott, 1991a, pp. 227-228.

45. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 203.

46. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 215.

47. Ver Elliott, de la Peña, 1981, p. 7.

48. Ver Elliott, 1991a, pp. 227-228.

49. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 242.

25 de abril de 1629, le dio a la hermana de Felipe IV el título de reina de Hungría. La alusión al posterior traslado de María al país por donde pasa el Danubio⁵⁰ revela el destino real de su viaje y permite descubrir otra incongruencia del texto, pues la región histórica de Transilvania, rodeada por los altos Cárpatos, aunque limita con el reino de Hungría, no constituye la prolongación de la cuenca de este río.

Ahora bien, dejemos de lado el equívoco concepto quevediano de la geografía de Centroeuropa y centrémonos en las referencias a los acontecimientos históricos que corresponden a un momento crucial para las relaciones entre las dos potencias: España e Inglaterra. El príncipe de Dinamarca llega a la corte de Nápoles de incógnito para pedir la mano de la infanta. Frente a las diferencias en la materia religiosa, que constituyen el principal obstáculo para la conclusión de la boda, se alude a la posibilidad de su conversión al catolicismo⁵¹, que constituía una de las condiciones para contraer el matrimonio⁵². El devoto rey de Nápoles, quien no quiere apartarse del precepto sacro que le ordena la ley y advierte el Vicario⁵³, actúa como Felipe IV, al solicitar el dictamen papal sobre la oportunidad del casamiento de la infanta católica con un príncipe hereje. En realidad la Santa Sede favorecía este asunto, por lo cual la junta de cardenales, impresionada por el viaje de Carlos a España el 12 de abril de 1623, emitió bajo unas rigurosas condiciones la dispensa, que llegó a Madrid el 4 de mayo⁵⁴.

Relatando los sucesos reales Quevedo alude a la estrategia adoptada por Olivares, que pone en boca del marqués de Valisero: «tiempo al tiempo se ha de dar»⁵⁵. La táctica de posponer la toma de la decisión sobre el asunto se debía al hecho de que el privado fuera objeto de fuertes presiones. Por una parte, recibió instrucciones de Felipe IV para encontrar un modo de librarse de la boda. Por otra, algunos de sus colaboradores se mostraban favorables a la continuación de las negociaciones, esperando que el matrimonio trajera extraordinarias ventajas para España⁵⁶, lo que expresa el mismo rey en la comedia:

50. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 241. Para más información sobre el viaje de la infanta a Viena ver Elliott, 1991a, pp. 376 y ss.

51. El marqués de Valisero en la conversación con el rey: «Allá en el Imperio Sacro / clamarán a Dios; advierte, / Señor, que destos contratos / todo el útil ha de ser / ganar el alma de Carlos» (Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 157).

52. Las exigencias españolas de conversión del príncipe de Gales provocó en Inglaterra una protesta general, ya que se consideraba un acto humillante. El mismo don Carlos se mostraba reacio a tomar tal decisión, y además, no lo pudo hacer sin aprobación del Parlamento. Es de suponer que la parte española no esperaba el cumplimiento de tal requisito, dirigiendo sus esfuerzos a hacer suspender las leyes penales contra los católicos ingleses.

53. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 160.

54. Como señala Elliott, 1991a, p. 219: «Los términos de la dispensa papal eran severos incluyendo la exigencia de garantías religiosas adicionales para la infanta, sus criados y posibles vástagos, así como la ratificación previa del Consejo Privado y del Parlamento».

55. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 155.

56. Ver Elliott, 1991a, pp. 216-217.

razones hallo
 de conveniencia a mis reinos
 en su pretensión, que es claro
 el político provecho
 que les viniera si entrambos
 deudos y amigos, conformes,
 a los pliegos salados
 diéramos leyes, uniendo
 el Tirreno y el Oceano⁵⁷.

Además, el temor a la ruptura de las negociaciones dificultaba los movimientos del privado, ya que ésta conllevaba el peligro de empujar a Inglaterra a la guerra. Para evitarlo se optó por seguir retrasando la decisión real, de modo que el príncipe perdiera las esperanzas de celebrar los esponsales y regresara a su país. Ante la aprobación papal todavía quedaba la esperanza de que la Iglesia denegara la oportunidad de tal matrimonio. Así pues, a la solicitud de Felipe, según la obra el rey de Nápoles, se convocó una junta de teólogos que tenía que juzgar si la infanta podía casarse o no con un príncipe protestante. La junta se reunió el 26 de mayo y el 2 de junio de 1623 dio el dictamen que el matrimonio resultaría efectivamente provechoso para la religión católica si el rey de Inglaterra cumplía las condiciones de convertirse al catolicismo y conceder la plena libertad de culto a los católicos ingleses⁵⁸.

La imposibilidad del cumplimiento de estas condiciones la subraya Quevedo en *La Hora de todos*, al presentar al monarca inglés «señor de unos reinos públicamente de la religión reformada, secretamente católicos» preocupado por la sospechada división espiritual de sus vasallos, lo cual resulta para él «tanto peligroso cuánto más oculto»⁵⁹. Es evidente que la defensa de los intereses británicos de unidad del Estado contra la amenaza de la minoría católica impide el reforzamiento de su posición. Esta opinión compartía Olivares que tampoco creía en el cumplimiento de los requisitos impuestos por la junta de teólogos, posponiendo un año la marcha de la infanta con el fin de asegurarse la realización de las promesas. Para suavizar la tensión provocada por el retraso en la entrega de la infanta a Inglaterra se festejaba la visita del príncipe, amenizándole con las fiestas y espectáculos el tiempo de espera. Aparte de los festejos de la entrada oficial del príncipe a Madrid para entretener a don Carlos se organizaban máscaras, corridas de toros, juegos de cañas y regocijos que reconstruye Quevedo con muchos detalles con sus poemas «Fiesta de toros, con rejonos, al Príncipe de Gales, en que llovió mucho»; «Las cañas que jugó Su Majestad cuando vino el Príncipe de Gales» y «Juego de Cañas primero, por la venida del Príncipe de

57. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 155.

58. Ver Elliott, 1991, p. 221. Ver Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, pp. 199-200.

59. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, pp. 311-312.

Gales»⁶⁰. Además de relatar las celebraciones que acompañan a la visita de don Carlos, también se resalta el entusiasmo que levantó la visita entre el pueblo y las sesiones de comedias organizadas en su honor:

las calles eran selva, donde había
teatro, con que el Amor representaba
el aplauso común y el alegría
que el extranjero príncipe causaba⁶¹.

La fidelidad de la relación quevediana a la verdad histórica le hace al rey de Nápoles ceder la resolución de la cuestión del matrimonio a su ministro, que al igual que Olivares se convierte en portavoz de la parte española en las negociaciones. El valido adopta una actitud intransigente respecto a la unión con protestantes y para convencer al indeciso rey de Nápoles se pronuncia sobre la inoportunidad de las alianzas de los países que profesan diferentes religiones. Su monólogo encierra una explícita censura de la falsa razón de Estado basada en la necesidad y conveniencia que, condenada por la Providencia Divina, conduce a sus partidarios al inevitable fracaso:

Católico rey que hizo
con otro, de ley contrario,
amistad o parentesco
por conveniencias de Estado,
rarísima vez dejó
de perder el deseado
logro, por el mismo medio
que fue lícito su engaño.
Conveniencias de intereses,
sin el seguro resguardo,
éstas enemigos unen,
éstas separan hermanos⁶².

Los avisos sobre los castigos que pueden incurrir en el príncipe católico por entablar amistad con el hereje, por muy acertados que parezcan desde el punto de vista del pensamiento antimachiavelista, adquieren un matiz bien diferente, si tenemos en cuenta que se atribuyen al valido en la época de negociar la alianza con Inglaterra. A finales de la década de los veinte el acercamiento entre Madrid y Londres es un hecho comprobado que se reafirmará con el tratado de 1630. Parece que Quevedo intenta señalar la dirección que deben escoger los dirigentes españoles,

60. Quevedo, *Poesía completa*, pp. 193-198, 204-210, 335-337. Para más información sobre la acogida y las fiestas en honor del príncipe don Carlos ver Almansa y Mendoza, 1886, pp. 183-231.

61. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 166. Es posible que Quevedo haga una referencia a la pieza de Calderón *Amor, honor y poder* estrenada en junio de 1623 con motivo de la visita del príncipe inglés.

62. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 198.

recurriendo a la estrategia de presentar las cosas cómo deben ser en vez de cómo son en realidad. Este juego de ambigüedades puede ser la razón por la que la comedia probablemente nunca se representó en la corte y, como observa Rafael Iglesias, contribuyó al enfriamiento de relaciones entre Olivares y Quevedo⁶³.

La aventura madrileña del príncipe inglés terminó de la misma forma de que empezó, es decir, inesperadamente. Ante la falta de respuesta definitiva por parte de la corte madrileña y para adelantarse a la humillación de ser rechazado, don Carlos reiteró su deseo de casarse y regresó a su país. El fracaso de las negociaciones del casamiento condujo inevitablemente a un rápido deterioro de las relaciones entre las dos coronas. El ofendido príncipe de la comedia quevediana anuncia su ataque al puerto de Cádiz, que en realidad tuvo lugar el 1 de noviembre de 1625. En la conversación con el marqués, el rey comenta el envío de ochenta naves enemigas, a lo que siguen unas tranquilizadoras noticias de la derrota de la armada danesa el día de Todos los Santos, enriquecidas por la descripción detallada del curso de la batalla⁶⁴.

La fracasada expedición inglesa es sólo uno de los actos de hostilidad protestante hacia la monarquía española que menciona Quevedo. Siguiendo la cronología de los hechos, antes de cantar la victoria de Cádiz, el autor alude a otro suceso del glorioso *annus mirabilis*: la presa de Bahía ocupada por los holandeses⁶⁵. Parece que don Francisco emplea a propósito tanto este episodio bélico como las continuas alusiones a los rebeldes súbditos que aparecen a lo largo de la obra. La ocupación holandesa de las tierras de Brasil causaba gran inquietud en la corte, pero la observación que hace Quevedo no solo se debe a la conciencia de este peligro, sino que, sobre todo, al intento de situar este conflicto dentro del contexto de la política de acercamiento con Inglaterra. Quevedo revela su profundo conocimiento de la táctica británica en uno de los episodios de *La Hora de todos*, donde hace a los rebeldes confesar a qué se debe su poder y resistencia: «Francia y Inglaterra nos han ayudado a limar a España de su señorío la parte con que las era formidable vecino»⁶⁶. Asimismo, desenmascara el doble juego del rey inglés, acusándole de ver «con buenos ojos enconados crecer en muy poderosa república la rebelión de los holandeses»⁶⁷ y, haciéndole reconocer el apoyo ofrecido a los súbditos del rey español, descubre su hipocresía.

63. Iglesias, 2005, pp. 295-296.

64. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, pp. 209-210, 220-221. Según Ródenas Vilar, la armada inglesa que zarpó de Támesis contaba con ochenta navíos, mientras que C. Parker anota en total noventa naves holandesas e inglesas que no consiguieron capturar el tesoro de la flota americana, destruir barcos españoles, ni ocupar ninguna ciudad. Ver Parker, 1987, pp. 119-120.

65. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, pp. 208-209. La recuperación de la Bahía tuvo lugar el 11 de mayo de 1625.

66. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 232.

67. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 312.

Para abrirle los ojos al lector de la comedia al peligro que constituyen para España los protestantes, don Francisco alude al humillante episodio de la pérdida de la flota de Indias en la bahía de Matanzas a manos del pirata Piet Heyn⁶⁸ el 18 de septiembre de 1628, de la que las noticias llegan a Madrid a finales de diciembre. Por una parte, este desastre truncó el esfuerzo bélico español dificultando en gran medida la financiación del ejército, por otra, significó la captura del tesoro americano por el enemigo, lo que disminuyó su interés por pactar la tregua obligando a España a pasar a la ofensiva para discutir los términos de un armisticio⁶⁹. Además, en vista de la derrota la ambiciosa y costosa política militar de Felipe IV y el conde-duque, que no surtía los resultados esperados, provocó una serie de acusaciones contra su gobierno. Es bien posible que las murmuraciones del vulgo⁷⁰, a las que se refiere el marqués de Valisero comentando la gran pérdida, constituyan una alusión a la carta anónima que circulaba en julio de 1629 en la corte criticando al rey y su ministro⁷¹, con lo cual Olivares se vio obligado a acudir al apoyo de los escritores que dejaban a su disposición su talento literario⁷².

Para exculpar al rey y su valido de la responsabilidad por la derrota, Quevedo la atribuye a la mala fortuna y la voluntad de Dios. El pensamiento quevedista en materia de la Fortuna y Providencia es acorde con la tradición antigua y un modo de pensar cristiano⁷³. De ahí que el hado, en vez de ser una fuerza ciega que rige arbitrariamente el mundo, se halle inscrito en el plan eterno de la Providencia. La conciencia de que Dios ha señalado a cada cosa su fin le hace creer en que Él mismo conduce el hilo de los acontecimientos y considerar la ruina de la monarquía española, que sufre derrota tras derrota, como una prueba que le manda Dios para probar su fidelidad. Cabe recordar que este concepto lo introduce Pedro de Rivadeneyra en sus reflexiones políticas recogidas en el *Tratado de la tribulación*, donde intenta explicar con la permisividad divina las causas de la derrota de la Armada Invencible. Lo que permite levantar el ánimo del monarca y el pueblo español ante los desastres militares sufridos contra Inglaterra es la postura senequista, cuyos ecos suenan en las palabras que don Francisco pone en boca del rey:

68. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 238.

69. Elliott, de la Peña, 1981, p. 6.

70. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 238.

71. Como observa Elliott, 1982, p. 239: «Olivares was accused of destroying Spain with his mistaken policies –his attempts at reform, his devaluation of the currency, the wars in Italy– and even Piet Heyn’s capture of the treasure fleet was laid at his door. The king for his part was no more than a ceremonial ruler, who had let his kingly duties be appropriated by the Count-Duke, and the time had come for him to throw off this subjection and prove himself a king».

72. En 1629, cuando Olivares le necesita a don Francisco más que nunca, le deja volver a la corte tras el destierro provocado por su defensa del patronato único de Santiago en contra de la idea promovida por el privado del copatronato con la recién canonizada santa Teresa.

73. Ver Marcos, 1980, p. 84.

Quando bien los cielos quieren
a un hombre, para avisalle
le suelen dar una fiebre⁷⁴

En este contexto la confianza en la función de Providencia divina como la única y verdadera regidora de la historia sirve de consuelo para la patria que va perdiendo el prestigio internacional. Según Quevedo, las derrotas, que también desempeñan la función de reprimenda por los pecados, tienen por objetivo hacer despertar a los gobernantes «y advierten para añadir más cuidado»⁷⁵. Este mismo concepto del castigo divino presenta el autor en la *Execración contra los judíos* (1633): «Señor, el vernos castigados de la mano de Dios no debe afligirnos, sino enmendarlos porque su azote más tiene, por su bondad, de advertencia que de pena»⁷⁶. Es interesante observar que en dicha obra entre las penas que debe sufrir la monarquía española por tolerar la idolatría Quevedo vuelve a abordar el tema de la captura de la flota de plata:

castiga Dios nuestras culpas [...] con permitir en Cádiz que nuestros puertos sean cosarios de nuestras mercancías y las anclas de nuestros navíos sus huracanes. Da a los rebeldes las plazas en Flandes. Da la flota, sin resistencia nuestra ni gasto de pólvora, a los herejes. Entrégales en el Brasil los lugares y puertos y las islas⁷⁷.

Insistiendo en que se respete la ortodoxia religiosa por encima de cualquier otra cosa, Quevedo ve la esperanza de un futuro mejor para la fracasada y arruinada monarquía española en el premio de la Providencia. Para merecerlo ésta debe proseguir con su misión de defender la verdadera fe⁷⁸ ante la herejía, ya sea protestante, ya sea judaizante. Por eso, desde el punto de vista político las negociaciones con los herejes entran inevitablemente en conflicto con la vocación espiritual de España, y de ser así, deben suprimirse.

EL JUEGO DE MÁSCARAS: EL CASO DE DINAMARCA Y TRANSILVANIA

Llegados a este punto pasemos a examinar la estrategia de máscaras que utiliza don Francisco para cubrir la identidad de sus personajes que, en nuestra opinión, revela su mayor o menor grado de orienta-

74. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 239.

75. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 239.

76. Quevedo, *Execración contra los judíos*, p. 6.

77. Quevedo, *Execración contra los judíos*, pp. 3-5.

78. Don Francisco evoca en la *España defendida* el apoyo divino proporcionado a lo largo de la historia a las tropas españolas que defienden la religión: «Como Dios de los ejércitos, unas veces nos amparó, y éstas fueron muchas, con nuestro patrón Santiago; otras con la Cruz, que, hecha a vencer la misma muerte, sabe dar vida a todos los que, como estandarte de Dios, acaudilla. Milicia fuimos suya en las Navas de Tolosa. La diestra de Dios en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco y a Albuquerque por instrumento en las Indias orientales para quitar la paz a los ídolos» (Quevedo, *España defendida*, p. 299).

ción en los asuntos políticos de la primera fase del sangriento conflicto que abraza casi todo el continente europeo. La selección quevediana no parece casual en el caso de Dinamarca, cuyo rey Cristián IV⁷⁹ era luterano y cuñado de Jacobo I de Inglaterra. Don Francisco está bien enterado de los vínculos familiares de las cabezas coronadas de sus tiempos, de lo que hace gala en el *Mundo caduco* (1623), comentando la reacción de los aliados de Federico V a la rebelión de Bohemia: «el rey de Dinamarca, con ser tío de la mujer del Palatino, y el de Inglaterra su suegro, se retiraron de su asistencia»⁸⁰.

Por un tiempo Cristián se mantuvo al margen del conflicto europeo, pero el desarrollo de los acontecimientos lo llevó a entrar en guerra contra las fuerzas del emperador⁸¹. Se alió con Holanda e Inglaterra y, ante las alarmantes llamadas de auxilio de los protestantes, se dispuso a desafiar la supremacía del emperador. Otro de los factores que le empujaron a adoptar una actitud bélicista era el hecho de disponer de un presupuesto suficiente para iniciar una guerra de grandes proporciones: en 1625, su activo se aproximaba a 1,5 millones de táleros⁸². En vista de lo expuesto no es descaminado pensar que la enorme fortuna y la insaciable codicia real eran la razón de situar el episodio xvii de *La Hora de todos* en una de las islas de Dinamarca⁸³, cuyo señor «estaba muy pobre, más por la ansia de ser más rico, que por lo que le faltaba»⁸⁴.

La intervención danesa constituyó la segunda etapa de la Guerra de los Treinta Años. En 1625 Cristián invadió Alemania, pero tras los primeros éxitos al año siguiente los católicos penetraron en los territorios de Dinamarca, ocupando toda la península de Jutlandia y el principado de

79. El ambicioso e impetuoso monarca era un enemigo acérrimo de Gustavo Adolfo de Suecia con quien rivalizaba por el dominio en el Báltico. Una vez concluida la guerra de Kalmar (1611-1613) Cristián fijó su atención en Alemania con el objetivo de obtener el control de los ríos del Elba y el Weser y asegurar su dominio en los mares boreales, así como conquistar los territorios secularizados de los obispados de Bremen y Verden como herencia para sus hijos. Lo consiguió aprovechando la alarma de los príncipes protestantes alemanes tras la pérdida en la batalla de la Montaña Blanca en 1620 y asimismo, por el pacto de Steinburg (1621), hizo reconocer a la ciudad de Hamburgo la soberanía danesa sobre el ducado de Holstein.

80. Quevedo, *Mundo caduco y desvarios de la edad*, p. 100.

81. La diplomacia de Inglaterra, Palatinado y Holanda aprovechándose de las ambiciosos planes de Cristián IV en Alemania y las rivalidades escandinavas por el dominio del Báltico llegaron a involucrarlo en la campaña de defensa del protestantismo. Parker, 1987, pp. 117-118.

82. Según G. Parker, en la época de la Guerra de los Treinta Años 4,8 táleros imperiales equivalían a 4,5 escudos. Parker, 1987, p. 324. Refiriéndose a la gran fortuna de Cristián IV, el historiador observa que «el único (en Europa) que podía hacer gala de una riqueza comparable era, irónicamente, Maximiliano de Baviera, quien en 1618 disponía de alrededor de 4 millones en efectivo» (Parker, 1987, p. 114).

83. Las islas de Dinamarca pobladas con cinco lugares en realidad sirven de una máscara literaria para criticar la alarmante situación económica de los reinos de España: León, Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. Ver la nota 315 Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 150.

84. Quevedo, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, p. 150.

Schleswig, provincias que el emperador prometía conceder a Felipe IV para realizar el plan marítimo español de navegación y paso del Báltico al Océano⁸⁵. Reconociendo la gravedad de su situación, Cristián llegó a concluir la paz con el emperador en Lübeck en mayo de 1629. Tras conseguir el fin de la guerra, el objetivo de la diplomacia española consistía en aprovecharse de la rivalidad entre las potencias escandinavas para atraer a Dinamarca a la alianza anti-sueca proyectada en el Norte⁸⁶.

Cabe recordar que el proyecto de acuerdo con Dinamarca surgió ya durante las negociaciones de paz con Inglaterra⁸⁷. Debido a la situación geográfica de las provincias danesas: Jutlandia, islas del Báltico que bloqueaban la salida al Mar del Norte, parte de la actual Suecia y toda Noruega, España tenía el máximo interés en romper la alianza entre Dinamarca y los Estados Generales⁸⁸. Acabar con la guerra de Holanda era posible cerrándole el acceso a los puertos de aprovisionamiento en los mares del Norte y Báltico. La estrategia de humillar a los holandeses y destruir su comercio no podía realizarse sin colaboración de las naciones septentrionales. De ahí que desde 1631 en Madrid se pensara en una alianza anti-sueca de Inglaterra, Dinamarca y Polonia en cuya creación la diplomacia española puso mucho empeño, pero que debido a la disparidad de intereses de las partes el proyecto no tuvo mucho éxito⁸⁹.

85. Beladiez, 1967, p. 146.

86. La alianza no basada en la afinidad religiosa no era un proyecto excepcional dentro de la estrategia diplomática de la corte madrileña. El 2 de junio de 1625 la junta del Consejo de Estado discutió la posibilidad de establecer una alianza formal, sustentada por Olivares, entre España, el emperador y los príncipes del imperio, tanto católicos como protestantes, para separar a los luteranos de los calvinistas. Ver Parker, 1987, p. 157.

87. Tras las primeras prometedoras conversaciones, en febrero de 1627 el duque Buckingham mandó a través de Gerbier una carta en la que se señalaba las posibilidades de lograr un armisticio entre España, Inglaterra y sus aliados, es decir, las Provincias Unidas y Dinamarca. Ver Elliott, 1991a, pp. 330-331. Ante el inevitable involucramiento de España en la campaña de La Rochela en 1628, en contra a los sublevados hugonotes apoyados por Inglaterra, Olivares autoriza a la infanta Isabel Clara Eugenia a llevar las negociaciones con Buckingham. Es de observar que es también la infanta quien interviene en la mediación de paz entre el emperador y Cristián IV durante la campaña danesa. Ver Beladiez, 1967, p. 131. En el escrito anónimo titulado *Altera secretissima instructio* dirigido a Federico de Palatinado se advierte de la infidelidad de Cristián IV a la alianza protestante: «If Denmarke go out but slowly, or miscarry, they will appease the Spaniard with your head. They have the example of Carthage and Antyoachus kinge of Syria» (Malcolm, 2007, p. 152).

88. Ver Beladiez, 1967, p. 140.

89. Ver Skowron, 1997, pp. 157-158. El proyecto nórdico de España suponía la reactivación de las hostilidades sueco-danasas y sueco-polacas para distraer las fuerzas militares de Gustavo Adolfo y dificultar su intervención en el imperio. La adhesión de Suecia a la alianza anti-Habsburgo provocó una intensificada acción diplomática alemana y española en Polonia a fin de involucrarla en la Guerra de los Treinta Años, ya que el conflicto dinástico polaco-sueco por la dominación en la cuenca del Báltico formaba parte del complicado mosaico de intereses nacionales de aquel entonces. La alianza polaco-danesa bajo los auspicios de las dos ramas de la Casa de Austria implicaba la intervención danesa en Suecia, ante la negativa de la declaración de guerra por parte de la nobleza polaca, la cesión de los derechos del rey polaco Ladislao IV Vasa a la corona sueca a favor de Cristián IV y el apoyo financiero o militar de Polonia con el fin de recuperar el trono de

La lectura de la comedia a la luz de de los planes secretos de Olivares con respecto a Dinamarca nos permite descubrir una crítica más contra la política de los acuerdos con los protestantes.

El antagonista del príncipe de Dinamarca en la rivalidad por la mano de la infanta lleva el título del príncipe de Transilvania, antigua provincia del dominio de los Austrias, que en 1541 debido al estallido de la guerra civil y la invasión otomana se separó del Reino de Hungría, formando un Principado independiente. Hasta finales del siglo xvi Transilvania tradicionalmente se aliaba con los Habsburgo para combatir a los turcos, pero la forzosa imposición del credo católico a la población protestante por el rey de Hungría y futuro emperador, Matías de Habsburgo, desembocó en un conflicto político-religioso con el Imperio. La insurrección pronto tomó cariz de una guerra de liberación nacional y su principal impulsor era Gabriel Bethlen, un hidalgo húngaro, calvinista de Transilvania⁹⁰. Gracias a la intervención otomana en 1604 Transilvania se independizó del Imperio, convirtiéndose en un refugio de la nobleza protestante. Tras la defenestración de Praga, Gabriel Bethlen se puso al frente de la nobleza húngara para apoyar al conde Palatino⁹¹. Sin embargo, ante el agotamiento de los recursos y falta del apoyo turco concertó en 1622 con el emperador el tratado de paz de Nikolsburg, en virtud del cual tuvo que renunciar el título del rey de Hungría conservando además del príncipe de Transilvania siete condados de la Alta Hungría a título personal y, convertido en príncipe del Sacro Imperio, obtuvo dos principados en Silesia. El siguiente tratado de paz de Bratislava celebrado en 1627 confirmó lo antes acordado⁹².

En vista de lo expuesto puede sorprender el hecho de que el protagonista positivo de la comedia lleve el título del príncipe de Transilvania. Además, a un lector atento de la obra quevediana debe llamarle la atención la incongruencia entre la visión de Transilvania como un país católico gobernado por un miembro de la Casa de Austria y la imagen que surge de las noticias de guerra que se reúnen en el *Mundo caduco*. Relacionando los acontecimientos ocurridos en Bohemia en los primeros años del conflicto el autor evoca la figura de Bethlen Gabor (Gabriel Bethlen)

con quien en la secta de Calvino convenía (el conde Palatino), habiéndose hecho príncipe de Transilvania, vendiendo al turco la libertad y dándole

Suecia para el monarca polaco y facilitar a Dinamarca la conquista de vastos territorios de aquel país.

90. Ver Bérenger, 1993, pp. 241-242.

91. Ver Bérenger, 1993, p. 253. A finales de agosto de 1619 Bethlen Gabor penetró en la parte de Hungría que pertenecía al imperio, en octubre derrotó el ejército comandado por el archiduque Leopoldo y poco después entró en la capital, Bratislava, para reunir sus fuerzas con el conde de Thurn y a continuación asediar Viena. El sitio de la capital imperial se levantó en noviembre de 1619 debido a la llegada de las tropas polacas, mandadas por el rey Segismundo III, cuñado del emperador. El fiasco del asedio le hizo regresar a Hungría, donde en 1620 la Dieta dominada por los protestantes lo eligió como rey.

92. Parker, 1987, pp. 120-122.

las dos mayores fortalezas, y como espíritu vendible inducido de la esperanza el Palatino le facilitó del reino de Hungría, le asistía al robo de la corona de Bohemia⁹³.

Quevedo se empeña en presentar al transilvano como tirano y usurpador cuyo gobierno, por lo tanto, carece de legitimidad⁹⁴. Insiste en su infidelidad hacia los Austrias tras la rebelión de los bohemios, cuando toma su partido para aliarse con la cabeza de la causa protestante. Su implicación en el sitio de Viena⁹⁵ y ejecución junto con los transilvanos, húngaros, turcos y tártaros de invasiones y robos en la Austria inferior⁹⁶ revela su afán de reunir estas tierras bajo su gobierno con el fin de restablecer allí el protestantismo. Por lo visto, la selección del título del príncipe de Transilvania resulta poco afortunada y no encaja en el marco del juego de disfraces que monta el autor. Paradójicamente Quevedo, tan intransigente en su política religiosa contra el protestantismo, escoge como un candidato perfecto para la infanta al calvinista, vasallo de la Sublime Puerta y enemigo acérrimo de los Austrias.

Conviene plantearse la pregunta si el autor creía que el receptor español de su comedia pasaría por lo alto su despiste debido a su escaso conocimiento de la realidad política del Imperio. Si tenemos en cuenta que la obra probablemente fue encargada por Olivares y, a juzgar por los múltiples halagos que se hacen al rey, iba a representarse en la corte, la respuesta tiene que ser negativa. Sería imprudente sospechar que a los dirigentes de la política exterior española les faltara conocimiento de la situación internacional actual. Por otra parte, no podemos olvidar que la comedia quevediana funciona dentro del esquema establecido por el género palatino⁹⁷, de modo que los países exóticos evocados se presentan de forma poco realista, sin reparar en detalles geográficos ni políticos a fin de evitar la identificación directa con lo real⁹⁸. Así, ocultando la verdadera identidad del príncipe de Transilvania Quevedo proporciona al lector un par de pistas confusas y hasta sorprendentes desde el punto de vista de la realidad política contemporánea, pero justificadas por el deseo de reforzar la hegemonía de la ilustre estirpe habsbúrgica en Europa.

93. Quevedo, *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, p. 95.

94. Quevedo alude a la participación de Bethlen Gabor en rebelión en 1613 contra el legítimo gobernador Gabriel Báthory, aprovechada por el sultán para proclamarle como príncipe de Transilvania. Calla el hecho de que tal elección confirmara la Dieta transilvana y que en 1615 el emperador Matías reconociera este título.

95. Quevedo anota que el Palatino «por asegurar más sus principios con los húngaros y transilvanos, intentó divertir la casa de Austria, empezando por Hungría, donde con cuarenta mil hombres, asistido de turcos y tártaros, martirizó católicos, profanó templos, e hizo otros sacrilegios que le atesoraron los castigos de Dios que padece. No pudo el ejército imperial amparar la Austria Menor destas invasiones, y retiróse de Bohemia para socorrer a Viena» (Quevedo, *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, pp. 98-99).

96. Quevedo, *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, p. 103.

97. Ver Pedraza, 1998, p. 80.

98. Galar, 2003, pp. 36-44.

CONCLUSIONES

Teniendo en cuenta la distancia temporal que separa los sucesos de 1623 y la fecha de composición de la versión definitiva de la comedia, llegamos a la conclusión de que la obra quevediana constituye una respuesta tardía a los acontecimientos vinculados al proyecto del matrimonio hispano-inglés. Así, podemos observar cómo, desde una óptica retrospectiva, el autor plantea el problema de la legitimidad religiosa de la unión política entre los católicos y los herejes, un tema candente en la perspectiva de las negociaciones de paz que el gobierno de Olivares lleva a cabo con Inglaterra a finales de la década de los veinte. La guerra, en que se ven involucrados los dos países a partir de 1625, debilita considerablemente su potencial económico y militar, de modo que a medida que la situación internacional se agrava, se busca una solución pacífica del conflicto. Don Francisco se muestra bastante escéptico con respecto a esta resolución:

no siendo
católico Carlos ¿cuándo
habrá paz en esta unión,
habrá unión en este lazo⁹⁹?

Las dudas que se expresan sobre la buena convivencia de los cónyuges, a nuestro parecer, deben interpretarse en el contexto de la búsqueda de una paz duradera con los protestantes. Lanzando una voz de protesta contra el oportunismo político del equipo del conde-duque, Quevedo insiste en la incompatibilidad entre los países de credo diferente, que simboliza la imagen de un árbol monstruoso compuesto de dos especies y destinado a perecer:

en breves años
aquella vistosa unión
niega el futuro sazonado
y yace la planta seca¹⁰⁰.

En la España contrarreformista desatan mucha polémica las alianzas con los países no católicos, sin embargo, su valoración no suele ser unívocamente negativa. El experimentado diplomático Diego de Saavedra Fajardo se pronuncia a favor del tratado hispano-inglés de 1630, afirmando que «la confederación con herejes para que cese una guerra y corra libremente el comercio, es lícita, como lo fue la que hizo Isaac con Abimelec, y la que hay entre España y Inglaterra»¹⁰¹. Por el contrario, Quevedo aborda el problema de la oportunidad de tal alianza desde

99. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 156.

100. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 156.

101. Saavedra Fajardo, *Empresas Políticas. Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, p. 623.

la perspectiva de la conciencia católica, inscribiéndose en la línea del conservadurismo espiritual que supone un triunfo del sentido religioso sobre el político.

La geografía política quevediana acentúa las complejas relaciones, que mantiene la monarquía con las naciones extranjeras, resultantes de la interpretación cristiana del concepto de la razón de Estado¹⁰². El autor percibe la dominación del catolicismo junto con la conservación de la integridad del imperio de los Austrias como el motivo principal y justificación de la política española. La alianza con la Iglesia Romana, entablada a fin de hacer frente común contra el peligro creciente de la herejía, obliga a la Monarquía Católica a desempeñar el papel de baluarte de la fe. Eso es lo que le recuerda Quevedo a su lector y el marqués Valisero al rey de la comedia:

El pontífice pide
por fiador de este tratado
a vuestra majestad mismo
y a su espada y a su brazo¹⁰³.

La particular interpretación de los hechos adoptada a la división entre los fieles y pecadores, católicos y protestantes, le permite a Quevedo defender los intereses austriacistas por lo menos en el plano trascendental. Es posible que en su comedia intencionadamente se distancie de la glorificación incondicional del rey y su valido, pero sin duda alguna utiliza sus armas de papel para contribuir a formar un mito de la Guerra de los Treinta Años como una contienda religiosa, a pesar de que sus condicionantes en realidad estaban bien alejadas del sentimiento puramente espiritual.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldea Vaquero, Q., *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, 2 vols.
- Almansa y Mendoza, A., *Cartas de Andrés Almansa y Mendoza. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes 1621-1626*, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1886.
- Arellano, I., *Historia del Teatro Español del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Arellano, I., «Introducción» F. de Quevedo, *Teatro completo*, ed. I. Arellano, C. C. García Valdés, Cátedra, Madrid, 2011, pp. 11-56.
- Arellano, I., *Los rostros del poder en el Siglo de Oro: Ingenio y espectáculo*, Sevilla, Renacimiento, 2011b.

102. Según Viejo Yharrasarry, 1999, p. 236, el concepto de la razón de Estado en la época barroca se utilizaba instrumentalmente «para defensa de lo que en esencia importaba, una religión, una *Respublica Christiana* confesionalmente concebida, un proyecto de paz confesional para Europa, un rechazo de aquellas fórmulas convivenciales en materia de religión que era a estas alturas lo que básicamente se escondía tras la política».

103. Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, 2011, p. 199.

- Beladiez, E., *España y el Sacro Imperio Romano Germánico. Wallenstein 1583-1634*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1967.
- Bérenger, J., *El imperio de los Habsburgo 1273-1918*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Blecua, J. M., «Introducción», F. de Quevedo, *Obra poética*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1981, vol. 4, pp. 9-15, 149.
- Covarrubias Horozco, S., *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Castalia, 1994.
- Díez Borque, J. M., *Teoría, forma y función del teatro español de los Siglos de Oro*, Palma de Mallorca, Olañeta, 1996.
- Elliott, J. H., y J. F. de la Peña, *Memoriales y cartas del conde duque de Olivares, Tomo II, Política interior: 1627-1645*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1981.
- Elliott, J. H., «Quevedo and the Count-Duque of Olivares», *Quevedo in Perspective*, ed. J. Iffland, Newark, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 227-250.
- Elliott, J. H., *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1991a.
- Elliott, J. H., *España y su mundo 1500-1700*, Madrid, Alianza, 1991b.
- Galar, E., «El género palatino en dos comedias de Tirso de Molina: *El pretendiente al revés* y *Del enemigo, el primer consejero*», *El sustento de los discretos. La dramaturgia áulica de Tirso de Molina. Actas del Congreso Internacional organizado por el GRISO*, ed. E. Galar, B. Oteiza, Madrid / Pamplona, Revista de Estudios, GRISO, 2003, pp. 35-52.
- Gentili, L., «Introducción», F. de Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, ed. L. Gentili, Baroni, Viareggio / Luca, 2004, pp. 9-54.
- Iglesias, R., «El imposible equilibrio entre el encomio cortesano y la reprimenda política: hacia una nueva interpretación de *Cómo ha de ser el privado* de Quevedo», *La Perinola*, 9, 2005, pp. 267-298.
- Jauralde, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1999.
- Ledda, G., «Los jeroglíficos en el contexto de la fiesta religiosa barroca», *Actas del I Simposio Internacional de Emblemática*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 1994, pp. 581-597.
- Lida, R., *Prosas de Quevedo*, Barcelona, Crítica, 1981.
- Malcolm, N., *Reason of state, propaganda, and the Thirty Years' War: an unknown translation by Thomas Hobbes*, Oxford / New York, Clarendon Press, 2007.
- Marañón, G., *Él conde duque de olivares. La pasión de mandar*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- Maravall, J. A., «Sobre el pensamiento social y político de Quevedo», *Estudios de historia del pensamiento español, La época del barroco*, Madrid, Estudios Cultura Hispánica, 1984, pp. 257-321.
- Marcos, B., «Las deudas filosófica de Quevedo», *Letras de Deusto*, 10, 1980, pp. 69-90.
- Martínez-Burgos García, P., *Ídolos e imágenes: la controversia del arte religioso en el siglo XVI español*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, 1990.
- Montaner, E., «Las honras funebres de Margarita de Austria y de Felipe III en la Universidad de Salamanca», *Actas del I Simposio Internacional de Emblemática*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 1994, pp. 581-597.
- Oleza, J., «La comedia a fantasía y los orígenes de la práctica escénica cortesana», *Teatro cortesano en la España de los Austrias*, dir. J. M. Díez Borque, Madrid, Compañía Nacional de Teatro Clásico, 1998, pp. 13-30.
- Parker, G., *La Guerra de los Treinta Años*, trad. J. Faci, Crítica, Barcelona, 1987.

- Pedraza, F., «El teatro cortesano en el reinado de Felipe IV», *Teatro cortesano en la España de los Austrias*, dir. J. M. Díez Borque, Madrid, Compañía Nacional de Teatro Clásico, 1998, pp. 75-103.
- Quevedo, F. de, *Cómo ha de ser el privado*, en *Obras completas en verso*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1952, pp. 666-710.
- Quevedo, F. de, *Cómo ha de ser el privado*, en *Teatro completo*, ed. I. Arellano, C. C. García Valdés, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 125-242.
- Quevedo, F. de, *España defendida*, en *Obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, pp. 273-301.
- Quevedo, F. de, *Execración contra los judíos*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, S. Fernández Mosquera, Barcelona, Crítica, 1996.
- Quevedo, F. de, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, ed. L. Schwartz, Madrid, Castalia, 2009.
- Quevedo, F. de, *Lince de Italia u zahorí español*, ed. I. Pérez Ibáñez, Pamplona, Eunsa, 2002.
- Quevedo, F. de, *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, ed. J. Biurrún Lizarazu, Pamplona, Eunsa, 2000.
- Quevedo, F. de, *Poesía completa*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Turner, 1995, 2 vols.
- Ripa, C., *Iconología*, Madrid, Akal, 1987.
- Rivadeneira, P., *Tratado de la tribulación*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1988.
- Robbins, J., «The Spanish Literary Response to the Visit of Charles, Prince of Wales», *The Spanish Match: Prince Charles's journey to Madrid, 1623*, ed. A. Samson, Aldershot, Ashgate Publishing Company, 2006, pp. 107-122.
- Ródenas Vilar, R., *La política europea de España durante la Guerra de Treinta Años (1624-1630)*, Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, Escuela de Historia Moderna, 1967.
- Rodríguez-Moñino Soriano, R., *Razón de Estado y dogmatismo religioso en España del XVII, negociaciones hispano-inglesas de 1623*, Barcelona, Editorial Labor, 1976.
- Saavedra Fajardo, D., *Empresas Políticas. Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, ed. F. J. Díez de Revenga, Barcelona, Planeta, 1988.
- Sanz Camañes, P., *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII: razón de Estado y relaciones de poder durante la guerra de los Treinta años, 1618-1648*, Cuenca, Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha, 2002.
- Skowron, R., *Dyplomaci polscy w Hiszpanii w XVI i XVII wieku*, Kraków, «Universitas», 1997.
- Skowron, R., *Olivares, Wazowie i Bałtyk: Polska w polityce zagranicznej Hiszpanii w latach 1621-1632*, Kraków, Towarzystwo Wydawnicze «Historia Iagellonica», 2002.
- Viejo Yharrassarry, J., «Razón de Estado católica y monarquía hispánica», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), 104, abril-junio, 1999, pp. 233-244.